

*cus, tu tamen corripe.* S. AMBROS.  
LIB. III DE OFFIC.

*Plus proficit amica correptio,  
quam accusatio turbulenta: illa  
pudorem inculcit, hæc indignationem  
mouet,* IDEM, IN LUCAM.

*Quisquis peccantem fratrem non  
arguit, quodam modo hortatur ut  
peccet.* IDEM, SERM. VI.

*Omnis correptio amara quidem  
videtur ad præsens, sed fructus  
parit dulcissimos.* S. HIERONYM.  
LIB. I IN JEREMIAM.

*Corripiendus est frater tuus  
seorsim, ne si semel pudorem et  
verecundiam amiserit, remaneat  
in peccato: et si quidem audierit,  
lucrifacimus animam ejus; et per  
alterius salutem, nobis quoque ac-  
quiritur salus.* IDEM, LIB. III IN  
MATTH.

*Debemus amando corripere;  
non noeendi aviditate, sed studio  
corrighendi.* S. AUGUST. SERM. XVI  
DE VERB. DOMINI.

*Corripiendis male agentibus  
parce, cum metuis ne deteriores  
ex hoc efficiantur.* IDEM, LIB. II DE  
CIVIT. DEI CAP. 9.

*Quidquid ulcerato animo dix-  
eris, punientis est impetus, non  
charitas corrigentis. Dilige, et dic  
quidquid voles.* IDEM, IN EPIST. AD  
GALAT.

*Corripienda sunt coram omni-  
bus quæ peccantur coram omni-  
bus: ipsa vero corripienda sunt  
secretius, quæ peccantur secretius.  
Distribuite tempora, et concordat  
Scriptura.* IDEM, SERM. XVI DE

el amigo se crea confundido, no  
dejes de corregirle.

Más aprovecha una correccion  
amistosa, que una acusacion seve-  
ra; porque si ésta excita la indig-  
nacion, aquélla nos causa un ru-  
bor saludable.

El que no reprende al prójimo  
cuando peca, en cierto modo, le  
alienta á continuar en el pecado.

Toda reprension es amarga  
cuando se oye, pero, despues,  
produce muy buenos resultados.

El prójimo debe ser corregido  
á solas, para que no se obstine  
en el pecado, perdiendo el pudor  
por medio de la pública represion:  
si nos escucha, ganamos su  
alma, y con la salvacion de ésta,  
aseguramos más la de la nuestra.

Debemos corregir siempre con  
amor, y no con el intento de hu-  
millar al culpado, sino con el de-  
seo de enmendar la culpa.

Tolera y calla con los que de-  
bieras corregir por sus maldades,  
cuando temes con razon que la  
reprension los vuelva peores.

Todo lo que dijeres con resen-  
timiento, es más bien efecto de  
un deseo de venganza, que de  
amor de la enmienda. Ten cari-  
dad, y dí cuanto quieras.

Los pecados cometidos en pú-  
blico deben ser corregidos públi-  
camente; los que se cometen en  
secreto, deben ser corregidos  
tambien en secreto. Haced distin-  
cion entre tiempos y circunstan-

VERB. DOMINI, CONCILIANS LOCUM  
MATTH. *inter te*, ETC. ET PROV. 10:  
*Qui arguit palam, pacem facit.*

*Cum arguuntur vitia, et inde  
scandalum oritur, ipse sibi scan-  
dali causa est, qui facit quod ar-  
gui debeat, non ille qui arguit.* S.  
BERN. SUP. CANT.

cias, y vereis como las Escrituras  
están de acuerdo.

Cuando por razon de una re-  
prension resulta un escándalo,  
no recae el escándalo sobre el que  
ha reprendido, sino sobre aquel  
que ha dado ocasion á ser cor-  
regido.

Véase: COSTUMBRE MALA, HÁBITO MALO.

## CREACION.

*Formavit Dominus Deus hominem de limo  
terra, et inspiravit in faciem ejus spiracu-  
lum vitæ.*

Formó el Señor Dios al hombre del lodo  
de la tierra, é inspiróle en el rostro un  
soplo ó espíritu de vida.

(Gen. 11, 7.)

En el principio, crió Dios el Cielo y la tierra. Con estas sencillas  
palabras, hermanos míos, empieza el libro del Génesis; libro que  
Moisés escribió, inspirado por el Espíritu Santo, para instruir y for-  
mar el pueblo, cuyo gobierno le habia encargado el Señor, y en el  
que tan admirablemente describe la creacion del universo, el origen  
del género humano, la felicidad de nuestros primeros padres, de la  
cual todos sus descendientes hubiéramos gozado, si Adán y Eva no  
hubiesen desobedecido al Criador.

Dios, al criar el mundo, tuvo un fin. ¿Qué fin era ese? Si, para  
averiguarlo, estudiamos los móviles de nuestras propias determina-

ciones, descubriremos fácilmente entre ellos, el del interés ó de la utilidad: queremos y obramos porque tenemos necesidades. Pero Dios no tiene necesidades; vive de sí, y en sí; nada falta á la plenitud de su sér y de su felicidad: ¿cómo es posible, por lo tanto, que obrase por interés? Nada tenia que ganar ni que perder en la creacion del universo. Así, pues, la manifestacion exterior de su omnipotencia fué un acto esencialmente desinteresado, puramente de bondad.

Con efecto, la bondad es el carácter preferente bajo el cual ha concebido siempre Dios el linaje humano, como es tambien el carácter de los hombres, que se han granjeado más el amor y la veneracion de los siglos.

Puesto que Dios creó el mundo por efecto de su bondad, es decir, con la intencion de comunicarle sus bienes, justo es, que nos esforcemos á conocer el plan que siguió en la realizacion de tan generoso pensamiento.

Ahora bien; todo plan comprende necesariamente dos elementos indispensables, los materiales que han de servir para fundar, y el órden con que han de disponerse. Ved aquí, hermanos, lo que me propongo explicaros hoy: 1.º los materiales de la creacion; y 2.º su arreglo ó disposicion general, á fin de que alabeis al Señor, é imitando en cuanto os sea dable su perfeccion, merezcáis ser despues partícipes de su felicidad. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Es doctrina de la Iglesia, que Dios empleó en la formacion del mundo dos elementos completamente desemejantes: la materia y el espíritu. La materia es el objeto de nuestros sentidos, los cuales la ven, la tocan, la sienten, disponen de ella á su arbitrio, conforme á las leyes invariables descubiertas por la ciencia, y comprobadas por la aplicacion. El espíritu no es ménos sensible y elocuente para nosotros: lo es más todavía; porque el espíritu se identifica completamente con nosotros mismos: cada uno de sus actos nos lo revela en sus facultades propias, en su imperio sobre la materia; y sus ideas, nos lo revela en su espontaneidad y libertad. Sin embargo, ¿quién lo creyera? En la historia de la razon humana se han manifestado dos doctrinas contradictorias; una, que niega la existencia de la materia; y otra, que niega la existencia del espíritu. El idealismo sostiene, que todo es inmaterial en la naturaleza; el materialismo afirma, que todo es cuerpo.

Y en verdad, que si el error pudiera ser compatible con la nobleza y la santidad, con razon se calificára de noble y santo el idealis-

mo; pues si pretende privar de la existencia á la parte ménos noble de la creacion, es, porque no acierta á comprender, qué relaciones mantendria con Dios una sustancia desprovista de inteligencia y de sentimiento. Que Dios haya creado espíritus, imágenes de su propia naturaleza, dotados del honor de sondear el mundo invisible, destinados á morar en la gloria eterna, á ser vasos de eleccion para su eterna alabanza, y dotados de facultades y medios para poder algun dia ser compañeros humildes de la Santísima Trinidad, es cosa cuyos motivos se dejan comprender. Pero ¿quién concebirá jamás las relaciones de la materia con Dios, y aún con los espíritus creados? Si no ha de ser eterna, ¿por qué crearla para un tiempo determinado? Si debe sobrevivir á los siglos, ¿qué importancia tendrá en la eternidad, es decir, en el reino puro de Dios?

La materia ha sido destinada, como el espíritu, á gozar de la perfeccion y bienaventuranza divina; y por lo mismo, que parece incapaz de ello, quiso Dios, al parecer, desafiar esta dificultad, teniendo á honra, si cabe decirlo, el imprimir el sello de su poder y misericordia en una sustancia, cuyo imperio parecia disputarle la nada. Sea la materia tan inerte como se quiera; sea muda, sorda, ciega, insensible; atribuidle todos los defectos y las desventajas que queráis; todo esto será muy cierto; pero, ved como S. Pablo explica su destino: «Hay cuerpos celestes, y cuerpos terrestres; pero una es la hermosura de los celestes, y otra la de los terrestres... El cuerpo es sembrado en estado de corrupcion, y resucitará incorruptible; es sembrado en estado de vileza, y resucitará glorioso; es sembrado, privado de todo movimiento, y resucitará lleno de vigor; es sembrado como un cuerpo animal, y resucitará como un cuerpo todo espiritual, I Cor. xv, 59, 40, etc.» Ya lo veis, hermanos; á S. Pablo no le embaraza el escándalo de nuestro ceno; no cree en su miseria final, lo ve transfigurado hasta hacerse espiritual; y si quereis oírle todavía profetizando su porvenir, oid como prosigue el Apóstol: «Sabemos, que todas las criaturas están suspirando por dicho dia, y como en dolores de parto hasta ahora... Porque todas las criaturas están aguardando con grande ansia la manifestacion de los hijos de Dios; porque se ven sujetas á la vanidad, ó mudanza, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujecion; con la esperanza de que serán tambien ellas mismas libertadas de esa servidumbre á la corrupcion, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios. Rom. viii, 22, 19, 20 et 21.» ¡Qué lenguaje! ¡qué magnificencia! ¡qué promesas! Así la más vil materia, lo mismo que el hombre, está en el parto de su futura grandeza; espera la revelacion postrera, que

debe escoger á los hijos de Dios, y señalarles un lugar en los siglos, que no tienen ya sombra ni vicisitud; ella misma tomará parte en la libertad de los espíritus; y la bienaventuranza de éstos dependerá de la suya, en cierto grado, puesto que la felicidad de la materia, favorece la libertad y la gloria de los espíritus. ¡Qué expresiones tan significativas y honrosas! ¿Y es posible, que la sustancia á la cual se honra con tales profecías, pueda mirar con tranquila indiferencia los insultos prematuros de la ignorancia y del error?

El racionalismo ha creado otra escuela, que niega la realidad del espíritu. Aspira á convencernos, de que nada hay en el mundo sino la sustancia palpable, divisible y cuitada, que está al alcance de nuestros sentidos exteriores; y si reconoce los fenómenos de la inteligencia y de la voluntad, los atribuye al mismo organismo del cuerpo animado. Ya comprenderéis, que esta doctrina es muy distinta de la otra. La primera, aunque falsa, tendia á elevar al hombre; ésta, le humilla y rebaja. La primera, nos inducia á despreciar la parte inferior de nuestro sér; ésta, á envilecer, á inmolar su parte superior. Y, honrándose, como se honran, con el título de sábios los que defienden estos errores, ¿qué pudo inducirlos á semejante parricidio? Los séres aspiran naturalmente á engrandecerse. ¿Cómo pues, el hombre, la obra capital de la creacion, ha empleado su inteligencia, que le enaltece sobre todos los demás, en destruir la base de su grandeza, y en bajar espontáneamente de la categoria de las inteligencias inmortales? El materialismo es una doctrina contraria á la naturaleza, una doctrina abyecta, cuyo origen solo puede explicarse por la corrupcion del corazon humano. El vicio no conoce la tranquilidad, y la quiere; pero el alma le opone el remordimiento, última corona del hombre corrompido, voz doméstica y santa, que nos llama al bien. ¡Oh! perdonad mis dudas! Mas si no fuerais puros, si el remordimiento os desazonase con su voz severa; por Dios, y por amor vuestro no lo rechaceis: miéntras sea él compañero de vuestra alma, no habreis perdido los restos de vuestra grandeza y esperanza; el remordimiento precede á la virtud, como la aurora precede al dia; y el vicio debe respetarlo, para respetarse á sí propio.

Pero cuando el vicio no tiene ya el instinto de su rehabilitacion, el remordimiento llega á ser su enemigo capital y postrero, y no perdona medio alguno por extirpar su raíz, que es nuestro mismo espíritu. El materialismo es el resultado de esta lucha de exterminio, del mal contra el bien; es la última tentativa para ahogar el remordimiento; y ved ahí, porque califico al racionalismo de doctrina abyecta y contraria á la naturaleza.

No debiera, hermanos, ocuparme más de este asunto; no debiera hacer al materialismo el honor de pedirle cuentas. Hagámoslo, no obstante. Yo reconozco en mí perfectamente la unidad de ser, y la dualidad de elementos; y esta verdad nadie puede contrarestarla, porque la evidencia no se niega; y, por otra parte, ¿qué razones se dan para combatir esta verdad, Se me dice, que se nota una progresion en la materia; pero una progresion no es más que el desarrollo de un gérmen, que no muda nunca de naturaleza al desenvolverse. Por consiguiente, la materia perfeccionada cuanto se quiera por medio de la organizacion, nunca dará sino el desarrollo de lo que es, es decir, figuras más perfectas, movimientos más complicados, un trabajo material más digno de admiracion; pero no podrá dar el sentimiento, el pensamiento y la voluntad.

Admiranse algunos, y esta es otra objecion contra el materialismo, admiranse de la influencia, que ejercen mutuamente el alma y el cuerpo. Y ¿por qué no, si están realmente unidos? Esta union puede parecer rara, inexplicable; pero ¿qué importa? es un hecho. Una vez probado el hecho por la certidumbre, que tenemos de nuestra naturaleza espiritual, y material en una sola personalidad, es muy propio, que ejerzan una accion mútua, sin lo cual no tendrían entre sí comunicacion alguna; y no teniendo entre sí comunicacion, estarían separadas en vez de estar unidas.

2. Veamos, ahora, la disposicion que Dios ha dado al espíritu y á la materia; y podremos conocer los motivos que indujeron al Criador á no contentarse, en la estructura del mundo, con un solo orden de materiales. Hemos dicho, que al sacar Dios á los séres de la naturaleza, se proponia comunicarles su perfeccion y felicidad. Ahora bien; la perfeccion divina es de tres especies: metafísica, intelectual, y moral, y, por consiguiente, debia reflejarse bajo estos tres aspectos en la produccion y disposicion del universo. Empecemos por examinar el aspecto metafísico, que naturalmente es el primero.

Dios es infinito, es uno, es trino; estos tres términos constituyen su perfeccion metafísica. Es grande, en lo más profundo de su ciencia, por la infinidad y la pluralidad; y este carácter debia ser tambien el fondo de la perfeccion del universo. Mas por esto mismo parecia, que el pensamiento creador debia tropezar, desde luego, con un obstáculo imposible de vencer; porque lo infinito es incomunicable por su naturaleza. Desde que una cosa es creada, por grande que sea, no existe por sí misma, y carece por tanto del atributo radical de lo infinito. Sin embargo, el mundo, obra de lo infinito, manifestacion de su gloria, no podia carecer de una cualidad, que representase la inmen-

sidad increada. Era, pues, necesario, que tuviese unas dimensiones, que recordasen su punto de arranque; y que todo el que le viese girar en la majestad de su órbita, reconociese la mano que le habia lanzado por un camino y un espacio dignos de ella. Dios atendió á este objeto. Entre lo finito, y lo infinito, hay lo que llamamos indefinido, que se desenvuelve entre dos términos infinitamente distantes, que se aproximan progresivamente. Dios, pues, resolvió crear el mundo, dándole un carácter de indefinido.

Nada se oponia á ello. Entre Dios, que iba á crear, y la nada de donde el sér iba á salir; entre Dios, que lo es todo, y la nada, mediaba una distancia infinita. Bastaba llenarla por una creacion progresiva, que partiendo de un centro único, tendiese á la par y por dos vias diferentes á los dos extremos de las cosas, á la nada por una disminucion graduada, á Dios por una ascencion constante. Pero este plan suponía la existencia de dos elementos enteramente desemejantes; uno, que fuera capaz de aminorarse siempre, descendiendo hácia el polo negativo de la creacion; y otro, que fuera capaz de perfeccionarse, siempre elevándose hácia el polo positivo ó divino.

San Agustin nos ha revelado, en una sola frase, esta bella ley del génesis de las cosas: oid á este grande hombre: *Duo fecisti, Domine, unum prope nihil, scilicet materiam primam; alterum prope te, scilicet angelum*: Dos cosas hiciste, Dios mio, la una próxima á la nada, que es la *materia primera*; la otra próxima á tí, esto es, el *espíritu puro*. En virtud de esta concepcion, que fué como el exordio del mundo, creó Dios dos órdenes ó series de séres; la una, descendente hácia la parte de la nada; la otra, ascendente hácia él mismo. La una os es conocida por vuestros propios sentidos; la otra se nos revela por la fe.

Comunicando el mundo con el cielo por medio de lo indefinido, tenia, en cuanto era posible, una relacion de grandeza con Dios; y por la multitud sin cuento de los séres pertenecientes á cada série, y á cada grado, tenia tambien el carácter divino de la pluralidad. Mas faltábale aun la unidad, tercer término de la perfeccion metafisica de Dios. Habia dos mundos, el mundo de la materia, y el del espíritu; el mundo terrestre, y el celeste: inconveniente supremo, que quitaba á la creacion toda armonía, y toda la posibilidad de ser el espejo de su autor. Pero, ¿cómo remediarlo? ¿cómo unir realmente dos órdenes tan distintos, tan radicalmente separados, como el orden material, y el espiritual?

Dios se recogió en sí mismo, segun la bella expresion de la Escritura, tomó consejo, en algun modo, y en presencia de todo lo que

estaba acabado, ante el cielo atento, y la tierra conmovida, pronunció la última palabra creadora, diciendo: *faciamus hominem*, hagamos al hombre. El hombre obedece á esta voz, que no debia ya dejar de darle la vida y la luz. Se vió á un sér, que participaba de la materia, por la cual estaba unido con el mundo inferior, y participaba del espíritu; por el cual se unia al mundo superior; cuerpo, y alma, juntamente, el cuerpo obrando con el alma, y el alma con el cuerpo, no como dos, sino como uno solo; no como hermanos, sino como un solo sér personal conocido con el mismo título, el hombre. En el hombre se resolvió el misterio de la unidad universal; colocado en la última clase de la línea ascendente de los séres, y en el primer escalon de la línea descendente, reuniendo en su personalidad todos los dones del espíritu, y todas las fuerzas de la materia, con su presencia, puso en la creacion el sello de la unidad, y con la unidad, el sello de la perfeccion.

De este modo comunicó Dios á su obra la perfeccion metafisica de que está dotado. En cuanto á la perfeccion intelectual, segundo término de su perfeccion completa, se encontraba naturalmente en el hombre, y en los espíritus superiores al hombre, puesto que todos eran, por su misma esencia, capaces de conocer. Solo la materia parecia excluida para siempre del glorioso privilegio de pensar, porque ni aún Dios puede realizar lo que encierra una formal contradiccion; y la materia, sustancia inerte y divisible, excluye, con toda la fuerza de una incompatibilidad absoluta, la idea de una actividad indivisible como el pensamiento; libre como la voluntad. Pero Dios, sin ir hasta lo imposible, va hasta el milagro. Quiso, pues, espiritualizar la materia, segun la expresion de San Pablo, dándole una parte en las funciones más elevadas del alma humana. Por este medio se elevó la materia á un grado incomprensible de dignidad. Mirad á vuestros piés este polvo sin nombre, que es el último grado de abatimiento á que llega el sér á nuestra vista; miradlo. Os le llevareis ahora mismo, con vosotros, sin dignaros mirarle; el soplo del aire lo arrojará á un campo; la sombra y la luz lo incorporarán al frágil tejido de una planta. Ya es trigo. La misma casualidad de las cosas, que le habia puesto á vuestros piés, le tornará á llevar á vuestra mesa con su nueva forma. Ni aún le reconoceis, y, sin embargo, en breve se convertirá en vuestra propia carne. Vedle, que corre por vuestras venas; penetra vuestros tejidos; sube hasta la sede suprema de vuestra actividad exterior, á ese trono tranquilo y elevado, donde, al amparo de un poderoso escudo, se elaboran en silencio los más puros elementos de la vida. Allí, encuentra la accion recíproca del alma y

del cuerpo; interviene en ella; toca á la puerta augusta de vuestra inteligencia; os ayuda á pensar, á querer; es vuestro propio sér; y, sin embargo, es el grano de polvo, que está ahora bajo de vuestros piés. Examinemos ahora como Dios comunicó al mundo su perfeccion moral.

La perfeccion moral de Dios se resume en dos palabras: justicia y bondad. Para que se comunicasen al mundo, no bastaba, que el hombre y los espíritus superiores fueran dotados de la doble facultad de conocer y de querer, de conocer el bien y de realizarlo; necesitaban, además, de otro don, el de elegir entre el bien y el mal. Porque, sin esta libre eleccion, ¿qué hubiera sido en ellos la justicia y la bondad? Una perfeccion necesaria, desprovista de todo mérito personal, y que hubiera hecho de su vida una série de actos irresistiblemente mandados y ejecutados. Pero en Dios, cuya perfeccion total se trataba de reproducir, no existe esa fatalidad. Dios es un sér libre, y libres son los hombres y los espíritus puros.

No necesito añadir, que la misma materia, elevada á formar parte de nosotros, goza, por su cooperacion con el alma, de los honores del libre albedrío, y de este modo participa de los derechos y peligros del órden moral. Lo habreis deducido por vosotros mismos, por poco que hayais comprendido el medio de que se vale la sabiduría divina, para comunicar al mundo su triple y adorable perfeccion.

La consecuencia de la perfeccion, es la bienaventuranza. Dios es infinitamente feliz, porque es infinitamente perfecto. Habiendo, pues, destinado al mundo á gozar de su perfeccion, debió destinarle tambien á gozar de su felicidad; y como la felicidad lo termina todo en Dios, es tambien necesariamente el término final de la creacion para todo sér, que no habrá desmerecido de su destino. Este es el punto principal de la verdad, y creo que la habreis conocido por vosotros mismos. No me preguntareis sin duda, por que no dá Dios la bienaventuranza sin condiciones de mérito. Si Dios ha querido comunicar al mundo todos sus bienes, ha debido comunicárselos segun el órden con que él mismo los posee. Los bienes divinos se reducen á la perfeccion y á la bienaventuranza: á la perfeccion, causa de la felicidad; y á la felicidad, efecto de la perfeccion. Si Dios hubiera mudado el órden, poniéndonos por solo el acto de nuestro nacimiento, en la posesion de sí mismo, de donde nace su felicidad, nos hubiera privado del primero de sus bienes, que es la perfeccion. Dios nos debía, pues, y se debía á sí mismo, el retardar nuestra felicidad en provecho de nuestra perfeccion.

Os he dicho, oyentes, todo el plan de la creacion. Os he dicho los

materiales que en ella se emplearon, las razones de esta disposicion; y conociendo ya vuestro principio, habeis aprendido á conocer vuestro fin. Vuestro fin, y vuestro principio no son diferentes: Dios es vuestro padre, y él es vuestro fin. Es el *alpha* y la *omega* de vuestro destino; no podeis mirar más abajo sin perderos; subir ménos alto sin sucumbir. En vano, si sois ingratos, apelareis á la bondad contra la justicia. Acabo de destruir esta esperanza, mostrándoos en la misma bondad la raiz de vuestros deberes. Sin duda fué la bondad quien pronunció esta sentencia: *Venid, benditos de mi Padre, al reino que os está preparado desde el origen del mundo.* MATTH. XXV, 34. Pero la bondad fué tambien la que dijo estas otras palabras: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.* MATTH. V, 48. Porque la bondad tiende naturalmente á comunicar sus bienes, y no teniendo Dios más que dos bienes, su perfeccion y su beatitud, el efecto de la bondad divina consiste en comunicaros ambos bienes, por el órden con que los posee. Si rehusais la perfeccion porque os es costosa, rehusais al mismo tiempo la felicidad, que es su consecuencia. Procurad, pues, ser perfectos, para que llegueis á ser eternamente dichosos, como os lo deseo.

## CRIADOS.

(SUS OBLIGACIONES PARA CON SUS AMOS.)

*Servi obedite dominis carnalibus.*

Siervos, obedeced á vuestros señores temporales.

(Ephes. VI, 5.)

Apénas apareció sobre la tierra la Religion cristiana, la acusaron sus enemigos, los judíos y gentiles, de que trataba de establecer el desórden y la confusion en todas las cosas, separando los hijos de